
Bolívar y el periodismo

FEDERICO ALVAREZ

Me pide Héctor Mujica que les hable de Bolívar periodista. La única razón de este mandato, porque en Héctor los pedires son mandares - es la de que, en cierta oportunidad, me puse a estudiar en serio el trabajo periodístico de Andrés Bello. Pero son dos casos distintos.

La condición periodística de Bello siempre fue vista con reserva. No compaginan armoniosamente la densidad intelectual del humanista y la inevitable superficialidad de caza-noticias, la severa elegancia del estilo bellista y el notorio desamparo estético del redactor apresurado de hoy.

Con Bolívar ocurre lo contrario. "Cómo es sabido Bolívar fue un excelente periodista", escribía don Luis Correa en 1939, en el prólogo a la primera edición facsimilar del *Correo del Orinoco*. El mismo escritor deja, sin embargo, un póstigo abierto a la duda en tan categórica afirmación: "En más de una ocasión —explica— sostuvo, con diversos seudónimos, resonantes polémicas de prensa. Es trabajo a hacer, el de fijar en las colecciones de Caracas, Bogotá, Quito y Lima estas flores de un día . . .".

En otras palabras, el rotundo juicio de Correa queda reducido, después del condicionamiento que lo sigue, a una simple hipótesis: Hay la impresión de que Bolívar fue un excelente periodista, pero la comprobación espera todavía la mano diligente que pesquise en su dilatado espacio vital las pruebas fehacientes. Comprendo que decir esto no deja de ser una temeridad, sobre todo en un año impregnado por el culto bolivariano, cuando la exaltación alcanza dimensiones delirantes: Bolívar ecólogo, Bolívar publicista, etc.

El doctor Ramón J. Velásquez, hombre que ha hurgado nuestra historia cultural con ojo equilibrado, fue más prudente en un foro que tuvo lugar en Porlamar, en el marco de la IV Convención Nacional de Periodistas. A su entender, es más acertado hablar de Bolívar y el periodismo, que de Bolívar periodista. "El no ejerció la función sistemática, cotidiana de escribir en un periódico, como sí lo hizo Nariño o José Domingo Díaz", sostuvo allí Velásquez.

El mismo historiador recordó que don Vicente Lecuna, el más fiel y minucioso compilador de los papeles bolivarianos, apenas alcanzó a rescatar de los periódicos seis artículos; que Julio Ferebres Cordero, otro portentoso de acuciosidad hemerográfica, atribuye a Bolívar un trabajo firmado con las iniciales C.A. Y los agudos ataques contra José Domingo Díaz, firmados por J. Triviño, en los cuales ve Luis Correa el estilo y la ironía del Libertador.

Nada más. Desde luego, al señalar estos datos, no se pretende negar la presencia de Bolívar en la prensa de su tiempo. Allí están, como lo ha demostrado en su libro *Las Campañas de Bolívar* Manuel Pérez Vila, sus discursos, sus proclamas, sus decretos, la huella viva de sus preocupaciones por ganar la batalla ideológica y propagandística contra el imperio español.

* Charla ofrecida en Barquisimeto, como parte de un ciclo de Conferencias sobre Bolívar, ante un público no especializado. La Conferencia fue dictada el día 27 de enero de 1983.

ARTILLERIA DEL PENSAMIENTO

Bolívar es fiel al espíritu y a los métodos de los revolucionarios de su época. El sello fundamental de la revolución burguesa, tanto en Europa como en el continente americano, es el de la vinculación de la lucha de ideas con el poder de las armas. Los periodiquitos de Daniel Defoe, de Addison, de Steele precedieron a las acciones bélicas en Inglaterra. La Enciclopedia abrió camino a las masas que tomaron la Bastilla. La Gaceta de Pensilvania de Benjamín Franklin sembró la semilla que estalló en el pronunciamiento de Filadelfia.

Como bien lo dijo Bolívar con su talento para las imágenes felices, **la prensa es la artillería del pensamiento**. Y tuvo claro algo más. Una vez que los congresos pasan a formar parte constitutiva del poder público, corresponde a la prensa asumir la representación de la comunidad, encarnar esa fuerza moral que se ha dado en llamar opinión pública. Por eso, Edmund Burke la llamó el **cuarto estado**, es decir, la voz de algo que está por encima de los tres estamentos en que se dividía la sociedad: aristocracia, clero, tercer estado — cuyo vocero era el parlamento — y el cuarto estado: el espíritu vigilante de la Nación.

Bien sabemos que la expresión ha llegado hasta nosotros como cuarto poder, ilusión y falacia al mismo tiempo de una presunta autonomía de la prensa en el juego de presiones que se dan en la estructura social.

Bolívar tuvo, pues, una conciencia exacta de la importancia de la prensa como arma revolucionaria. Ya en 1811, al regresar de Londres, trae consigo una imprenta que dona al congreso de la Primera República. En 1816, cuando buscaba auxilio en el Caribe para reconquistar el poder, tras la caída de la Segunda República, obtuvo de Petion una imprenta que lo acompañó en la expedición de Los Cayos. Y, como compañera inseparable, llega a Angostura con otra imprenta que gestionó Fernando Peñalver. Con ella editó su obra periodística más orgánica y tenaz: el **Correo del Orinoco**, heraldo de la patria en armas desde 1818 hasta 1822.

Al frente del **Correo** están escritores y luchadores políticos de gran experiencia en el comba-



te ideológico: Francisco Antonio Zea, Juan Germán Roscio, José Luis Ramos, Manuel Palacio Fajardo. No se trata, entonces, de que Bolívar hiciera todo. Pero está presente en todo: en la concepción del periódico, en la vigilancia sobre la temática, en la crítica severa de textos y titulares. "La composición del periódico es infame, la titulación de ese periódico es infame", escribe a Santander acerca del **Correo de Bogotá**, recuerda Ramón Velásquez.

"Hay que publicar cosas útiles, que hay muchas, y las que usted publica son insípidas", vuelve a descargar a Santander. En otra parte, le recomienda buscar títulos interesantes para la publicación de cartas y remitidos; previene a los redactores contra el estilo retórico y altisonante. "Mire, el **Correo del Orinoco** sigue muy mal desde el punto de vista de la disposición", clara alusión a la presentación gráfica de los materiales, eso que hoy llamamos diagramación o diseño.

Ramón Velásquez preparó toda una antología de citas contentivas del criterio periodístico de Bolívar, de eso que ahora llamamos libro de estilo. Recomienda en unas dividir el periódico en secciones para organizar mejor los textos y diferenciarlos entre sí, exhorta a escribir artículos cortos, "agradables, fuertes y picantes". Y, en todo momento, la obsesión por el título, que lo sitúa como precursor de las técnicas que impuso el periodismo industrial desde finales del siglo pasado: "Titule, titule porque los títulos llaman la atención del público, pero debe tenerse mucho cuidado de que la sección corresponda al título".

No hay duda, pues, acerca de la comprensión que el revolucionario Bolívar tuvo respecto del extraordinario poder del periódico como herramienta revolucionaria. Y, al igual que Lenin un siglo después, tampoco cabe duda de que concibió al periódico como agitador y organizador. El examen que, más tarde, haremos de las páginas del **Correo del Orinoco** servirá para demostrar cómo cada página, cada sección, cada elemento estaba destinado a cumplir un objetivo concreto en la lucha. Para Bolívar no hay mensaje gratuito, todo mensaje tiene carácter instrumental. Su propósito era convencer a un pueblo de que su destino estaba en la causa de la independencia.

PERIODICO PARA UN PROYECTO POLITICO

Cuando Bolívar llega a "aquellas inmensas soledades del Orinoco", ha madurado a golpes y en medio de enormes desgracias una concepción política muy diferente a la que iluminó los días del juramento del Monte Sacro o las noches de los discursos en la Sociedad Patriótica. En el Manifiesto de Cartagena había analizado con lucidez y amargura la incompatibilidad de las teorías liberales con las circunstancias reales de la América Hispánica. Por eso, habló allí con ironía de las "Repúblicas aéreas".

Más tarde, en la **Carta de Jamaica** trató de desentrañar cuáles eran nuestras características como pueblo, dónde estaban nuestros verdaderos cimientos sociológicos, qué rasgos dominaban nuestra cultura, que teníamos y de qué carecíamos. En este buceo desesperado, fue encontrando respuestas políticas y fue trazando planes a corto plazo. Ya en Angostura, su misión era convertir aquellas reflexiones e instituciones en un proyecto político viable, que resistiera las embestidas del enemigo y las debilidades de nuestra propia gente.

Lo primero que hizo fue congregar a todos los hombres de pensamiento y de acción que se habían salvado de la carnicería de Boves. Los fue llamando con insistencia. En las orillas del gran río estaría el asiento de la nueva república, con ventajas que no había ofrecido la insalubre Caracas. Por el río llegarían refuerzos, víveres, armas, hombres, ideas. Inglaterra tenía en los alrededores mismos de Angostura posesiones prontas a transformarse en caminos para la ayuda subversiva. Navíos de Boston y Nueva York llegarían hasta los muelles mismos de la ciudad con su carga invaluable. Angostura era el punto más cercano a las naciones que vivían en libertad y el más lejano de esa amenaza terrible encarnada por el general Pablo Morillo.

Pero había que ofrecer un rostro respetable al mundo que podía ayudar. Era necesario constituir poderes legítimos, emanados de la voluntad popular. Y así hubo un Congreso Constituyente y una Constitución. Ya no se trata de manadas de insurrectos dispersos, sino de una república legitimada por el ejercicio de la única democracia posible en aquellos tiempos de guerra y desolación. Y hubo un poder judicial, y una hacienda pública y un ejército organizado según principios y normas civilizadas.

Y había también una utopía. La ambición encarnada en el proyecto, brillantemente expuesta en el Discurso de Angostura, iba más allá de la reconquista de Venezuela. La meta era crear una formidable unión de pueblos hermanados por el origen y el destino común: la Gran Colom-



bia. No en balde estaban en Angostura hombres de la Nueva Granada como Zea, hijos del Caribe como Luis Brion y comenzaban a llegar los legionarios británicos, entre ellos Daniel Florencio O'Leary.

Junto con los víveres, las ropas y las armas arribaban también las gacetas inglesas y norteamericanas. En las páginas del *Morning Chronicle*, *Federal Gazette*, *The Telegraph*, *EVening Post*, llegados en los barcos que partían de Liverpool, Nueva York o Baltimore, estaban las ideas políticas que orientaban la instauración del liberalismo político, pero también las señales inequívocas del capitalismo como una advertencia para el futuro.

Para asimilar toda esta vorágine de hechos y de influencias, así como para presentar al mundo los lineamientos de su concepción política fundó Bolívar el *Correo del Orinoco*. Sería el vocero oficial de un gobierno legítimamente constituido. Por eso, la sección básica está constituida por los documentos que testimonian la gestión gubernamental: decretos, reglamentos, boletines del ejército. El periódico es, asimismo, ventana al mundo: una sección está destinada a reproducir la prensa extranjera, sobre todo aquellos materiales relacionados con la marcha de la revolución en otras comarcas americanas o con la suerte de la corona española en su enfrentamiento con los republicanos.

Una tercera sección se consagra a recoger la teoría, el pensamiento político de los hombres que conducen el movimiento independentista, entre los cuales los hay de gran enjundia doctrinaria, como Roscio, Palacio Fajardo o Revenga. Sin embargo, Bolívar no perdía de vista la necesidad de tender puentes al público común. De ahí que la cuarta sección fuera de *Varietades*: anécdotas, críticas agudas, crónicas de humor, la vida cotidiana, en fin.

No dejaba de tener razón José Domingo Díaz, cuando por esos días se quejaba en las páginas de la *Gazeta de Caracas*: "La imprenta ha sido la primera arma de Simón Bolívar, de ella ha salido el incendio que devora a América, y por ella se ha comunicado con el extranjero".

EL PROPAGANDISTA

Allí están los elementos claves: el periódico como incendiario de una ideología revolucionaria y como instrumento de comunicación con las potencias que, en aquel momento, podían contrarrestar con su auxilio el poder de España. El *Correo*, al igual que las gacetas de Bogotá, de Quito y de Lima están inspirados por la visión y la técnica de un propagandista consumado. Eso fue con más exactitud Bolívar: un genio de la propaganda política.

Jesús Sanoja ha dicho, con gran acierto, que Bolívar fue un revolucionario profesional, dedicado a tiempo completo a la imposición de un proyecto político. Francisco J. Avila, quien tiene una obra sobre la materia, sostiene que Bolívar fue un auténtico comunicador social. Tenía virtud de vibrar con la actualidad hasta la exaltación y de responder instantáneamente al desafío del momento, cualidad temperamental del reportero nato. Y, además, la empatía necesaria para percibir los sentimientos y preocupaciones del prójimo, condición indispensable para decidir la palabra exacta en el momento justo.

Observaciones muy sagaces que apuntan, precisamente, a la naturaleza típica del propagandista. Percibir con lucidez el valor de lo que acaba de ocurrir y crear la respuesta que la gente espera. Allí radicaba Lenin el talento del verdadero revolucionario: en la intuición del momento revolucionario, fugaz, volátil, engañoso, una vez que se escapa, lo esperamos más.

Agreguemos algo más. Bolívar poseía un lenguaje flexible, vibrátil, cargado de imágenes. La prosa bolivariana es una elusión de sugerencias visuales. Tenía el don de la expresión sintética. Y, como buen romántico, no sólo transfiguraba la realidad con la palabra, sino que edificaba mundos nuevos, inéditos con su verbo luminoso. Uno revisa sus frases célebres y tiene que admitir que había sido el más original creador de manchetes. "Moral y lucé son nuestras primeras necesidades". "El que no espera vencer, ya está vencido". ¡Cuántas podríamos extraer de sus obras!

Como propagandista Bolívar se sirvió de todo lo que estuvo a su alcance: periódicos, discursos, arengas, cartas, poemas. Y, como ha sido debidamente comprobado por los historiadores, utilizó sin mojigatería la propaganda negra. Se conservan varios números del **Correo del Orinoco** redactados deliberadamente para confundir al enemigo y, me atrevo a decir, para convencer a los amigos extranjeros de que la fuerza patriota era mayor de lo que realmente era. Reseñas de batallas que no existieron entre ellas la de Mantecal; magnificación de escaramuzas hasta convertirlas en proezas bélicas portentosas; documentos forjados, en fin todo el arsenal de lo que en los primeros cuatro decenios de este siglo dio cuerpo a la propaganda como disciplina comunicacional. Eso sí, junto a cada número falso, Bolívar ordenaba imprimir un número auténtico. Sentido de la ética política y conciencia de la historia.

Y creo llegado el momento de preguntarse lo que todo periodista, todo comunicador, todo propagandista debe despejar, antes de echar a la calle un mensaje cualquiera: ¿cuál era el público de esos periódicos, cuál la masa que debía ser incendiada por el propagandista. Difícil pensar que en aquel país desarticulado y deshecho por la guerra, en aquellas inmensas soledades del Orinoco, hubiera un auditorio para esas páginas.

Los redactores eran doctrinarios como Palacios Fajardo y Zea, humanistas de densos latines como José Luis Ramos, juristas avezados en alegatos sobre soberanía popular como Roscio. ¿Cuántos alfabetos había en estas tierras por aquellas fechas? ¿Cuántos de los alfabetos podían penetrar en la sustancia de aquella retórica y en el contenido de ideas extrañas, antes oídas?

Los públicos de Bolívar-periodista o propagandista, vale decir del **Correo del Orinoco**, eran claramente tres: el núcleo conductor del movimiento independentista, constituido por líderes y caudillos díscolos, apasionados, dotados de temperamentos escasamente proclives a la disciplina. Cohesionar el liderazgo en torno a las proposiciones políticas y militares básicas era tarea prioritaria en la misión del Correo.

Los otros dos públicos estaban más allá de las fronteras: el liderazgo hispanoamericano que luchaba, igual que Bolívar, contra el imperio español, y la dirigencia norteamericana y europea, tanto en la esfera gubernamental como en la de los negocios. A los primeros había que convencer de la necesidad de unirse, como lo expresa la correspondencia con Pueryredón, jefe del gobierno argentino reproducida en el Correo. A los segundos había que demostrarles que había una comunidad de concepciones políticas y, sobre todo, que había posibilidades reales de victoria.

Bolívar y el Correo hablan, sin embargo, constantemente de los pueblos venezolanos y granadino, sujetos de la causa que ellos representan y depositario del poder auténtico. No hay duda de que Bolívar se comunica con ese pueblo en el vivac del campamento, en las calles, en el trato cotidiano. Pero esa opinión pública que sirve de referencia permanente en el periódico es un invento suyo, el milagro que logra su palabra. Como en los tiempos de la revolución burguesa en Inglaterra y Francia el periódico es la encarnación de ese Cuarto Estado que no tiene aún

capacidad para participar en el ejercicio del poder político. El pueblo y la opinión pública existen, porque existe el Correo. Bolívar sigue en esto la senda de todos los grandes propagandistas, que han sido creadores de símbolos. Jesucristo construyó con sus palabras una nueva fe; San Pablo erigió una iglesia; Marx levantó la utopía de una sociedad igualitaria y justa. Bolívar inventó un pueblo deseoso de independencia y logró transformarlo en realidad.

COMO ERA EL CORREO

El primer número del **Correo del Orinoco** apareció el sábado 27 de junio de 1818, en horas de la tarde. El último tiene fecha 23 de marzo de 1822, también día sábado. En efecto, los promotores del periódico prometieron en el editorial inicial que el público recibiría aquellas cuatro páginas en Octavo todos los sábados. Pero no fue así. De los 133 números ordinarios y cinco extraordinarios que salieron, no pocos se retrasaron por diversas circunstancias, entre las cuales la más común fue el ataque de fiebres palúdicas - llamada entonces fiebre de Angostura - que sufrieron sus impresores sucesivos: Andrés Roderic, Tomás Branshaw y W. Burrell Stewart, todos entrenados en el periodismo inglés y antillano.

Como hemos dicho, los redactores responsables fueron Francisco Antonio Zea, Juan Germán Roscio, José Luis Ramos y Manuel Palacio Fajardo. Pero las cuatro páginas del Correo insertan colaboraciones de casi todos los caudillos militares y civiles de la independencia, especialmente de Cristóbal Mendoza y del General Heres. Hemos dicho también que siguiendo el estilo de las gacetas anglosajonas de la época no el de las españolas, el cuerpo está dividido en secciones, cuatro en total: documentos oficiales, discursos y trabajos doctrinarios, reproducciones de la prensa extranjera y Variedades.

En este aspecto, como en la imposición, el Correo no tiene novedades gráficas que ya no estuvieran incorporadas por Gallagher y Lamb en la **Gazeta de Caracas**.

Es indispensable recordar que, cuando aparece el Correo, han transcurrido diez años de la introducción de la imprenta en Venezuela y de la salida del primer periódico. En ese lapso, aparecieron sucesivamente **El Patriota de Venezuela**, órgano de la Sociedad Patriótica; el **Semana-ro de Caracas**, de Miguel José Sanz y José Domingo Díaz; **El Mercurio Venezolano**, de Francisco Izardry; y **El Publicista de Venezuela**, vocero oficial del Congreso Constituyente. Desde 1810, había imprentas en Caracas, Valencia y Cumaná.

La novedad del Correo no es, en modo alguno, formal, sino ideológica. Nace para defender una causa, para difundir los principios de un proyecto político, es el instrumento de propaganda y legitimación de la Tercera República y de la utopía colombiana. Todo lo que sirviera para reforzar esa causa era bueno. Salían así trabajos tomados de la Gaceta de Trinidad y de Barbados; reproducciones de voceros norteamericanos; informaciones tomadas de periódicos de otras capitales latinoamericanas. Pero, sobre todo, tenían cabida aquellos materiales que demostraran la vitalidad de la república: decretos, medidas gubernamentales, acciones armadas, movimiento de puertos y mercados.

No entremos, entonces, en la gran competencia aclamacionista pretendiendo ver en Bolívar el primer reportero de Venezuela, como otros han encontrado el primer publicista. No lo necesita. Bolívar fue un revolucionario que utilizó todas las formas de lucha: el discurso, la conversación, la carta, el ensayo crítico, el periódico, las armas. Tuvo una concepción clara acerca de la utilidad de la prensa como artillería del pensamiento y supo usarla magistralmente. Que él escribiera o no, y sabía hacerlo con gran plasticidad, es lo de menos. El revolucionario se justifica con la revolución. ■

